

todos los goces que me cierran la entrada á tu eterno convite; y ya que soy pobre en gracia y virtud, débil en el bien obrar, ciego en el conocimiento, y cojo para caminar derechamente hácia tí, sé tú mismo mi maestro, mi defensor y mi guía, ahuyenta todo aquello que de tí me separa, y con tu gran misericordia conducíme tú mismo á los espacios eternos de la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIV de san Lucas, desde el versículo 16 hasta el 24 del mismo, ambos inclusive. Contéstanse san Mateo y san Marcos en diferentes parajes de sus respectivos Evangelios.

La Iglesia lo usa como propio de la Dominica *infra octavam* del Corpus; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA INFRA OCTAVAM

DE CORPUS CHRISTI.

San Lucas, cap. XIV, vs. 16 al 24.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos, y á la hora de la cena envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba preparado. Y empezaron todos como de concierto á excusarse. El primero dijo: He comprado una granja y necesito ir á verla; ruegote que me tengas por excusado. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlas; ruegote que me tengas por excusado. Y otro dijo: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto á su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo á su criado: Sal luego á las plazas y las calles de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aun sobra lugar. Y dijo el Señor al criado: Sal á los caminos y á los cercados, y compele á los que halles á que vengan para que se llene mi casa. Digoos que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena.

CAPITULO XXX.

DE LA SCENOPHEGIA, FESTIVIDAD DE LOS JUDIOS, O SEA FIESTA DE LOS TABERNACULOS, Y DE LA VISITA QUE HIZO JESUS A MARTA Y MARIA EN BETHANIA.

Después de estas grandes doctrinas y parábolas misteriosas permanecía Jesús en Galilea enseñando en las sinagogas de aquel país, dando vueltas por todos sus pueblos, porque no quería marchar á Judea, pues no ignoraba los designios de los judíos sobre su persona. Durante todo el año treinta y dos de su vida, no había ido á Jerusalem, ni á la fiesta de la Pascua, ni á la de Pentecostés, y mucho menos á la de las trompetas ó de la expiación, que no eran tan solemnes. No tenía miedo á la resolución formada por los príncipes y sacerdotes de apoderarse de su persona para hacerle morir, puesto que no había llegado aun la hora determinada por su Padre: sin embargo, vivía retirado de la capital y recorría los países sujetos á Herodes sin poner el pié en alguna de las tierras donde los jefes de su nación pudieran tener alguna autoridad.

La solemnidad llamada *Scenophegia* ó de las *Cabañuelas*, se celebraba en memoria de los cuarenta años que anduvieron los israelitas por el desierto alojados en tiendas. Duraba ocho días, y el úl-

timo era como el primero, muy solemne, y en ellos comían á la sombra de los árboles en remembranza de que muchas veces lo habian hecho así en el desierto durante su peregrinacion. Celebrábase en el sétimo mes de los judíos, que corresponde á nuestro setiembre, esto es, en el tiempo de la vendimia, respecto á que los exploradores ó espías enviados para explorar las inmediaciones de la tierra prometida, habian presentado á los hijos de Israel dos grandes uvas en un mismo sarmiento, en testimonio de la gran feracidad del terreno que Dios habia prometido darles. Acordábanse los judíos con esto de los beneficios que el Señor les hizo desde que los sacó del Egipto hasta que los introdujo en la tierra prometida; pues no queria su Majestad que se les olvidasen los riesgos y miserias de su primer estado, para que nunca viniesen á caer en el muy afrentoso pecado de la ingratitud. Así como era tan solícito el Señor en procurar toda la felicidad imaginable y deseable entonces á los hijos de su pueblo, así tambien queria que por medio de la celebracion de aquellas fiestas levantasen con nuevo fervor su corazon á Dios, esperando firmemente el cumplimiento de sus ultteriores promesas, viendo que se habian verificado las primeras con tan puntual exactitud.

Instando pues la festividad de la Scenophegia, los *humanos*, esto es, los parientes de Jesús ó los sobrinos ó sobrinas de José y de todas sus familias, los que habian mudado mucho en su modo de pensar acerca de su persona desde que se habia hecho el hombre mas célebre de su nacion, se acercaron á él y le rogaron subiese con ellos á Jerusalem en esta gran festividad, añadiendo á sus ruegos para inclinarle á aquel viaje, que aunque absolutamente se podia dispensar de él, no era con todo bien parecido que se valiese de la permision que tenian los mas distantes de ir solamente á la fiesta de Pascua, en razon á que acudian á la ciudad y al templo los judíos de todas partes, ya por devocion, ya por obligacion. Y sobre todo, para obligarle á salir de Galilea y marchar á Jerusalem, le recordaban que era aquel un país menospreciado de los judíos, y que si queria adquirir reputacion y nombradia para sí y los suyos, no debia vivir en un territorio pobre y encerrado entre tinieblas, sino que debia dejarse ver en los grandes pueblos y ciudades mas nobles; y

recordándole por fin que tenia en la Judea discípulos celosos de su gloria, á los que era preciso que les mostrase, como lo hacia con los demás, los efectos de su virtud poderosa; sobre lo que dice el venerable Beda [1]: Tú, Señor, encerrado en el territorio de Galilea, obras milagros, y son pocos los que lo ven. Deja pues el oscuro retiro y ven á la ciudad real donde habitan los príncipes, para que visto por ellos merezcas su aprecio y consigas á su vista grandes alabanzas.

Los amigos carnales, que en la gloria de Jesús buscaban la suya propia para ser participantes de ella y deseaban ser aplaudidos y celebrados por los milagros que él obrase, le daban un consejo carnal para que se adquiriese por este medio gloria y alabanza en el mundo, y su gran nombradia se extendiese por toda la tierra; por lo que le aconsejaban que no hiciesen milagros como á escondidas, sino que los obrase en público y á la vista de muchas gentes; porque es propio de los amadores de la gloria vana que todo aquello que puede acarrear y merecer esta se haga en público; que es lo mismo, continúa Beda, que si le hubiesen dicho: Haces milagros, pero los haces en secreto; manifiéstate, aparece ante los hombres, date á conocer á ellos, justifique tus obras, y serás de ellos aplaudido y honrado. En lo que, aunque parientes de Jesús, no manifestaban entera y pura fe. Y como le aconsejaban mal, porque le persuadian que buscase la gloria del mundo, por esto les recusó y no admitió sus consejos, dándonos ejemplo con esto de no admitir ninguno de los péfidos consejos que nos dan los hombres para merecer la gloria y estimacion del mundo.

Para el perfecto conocimiento de los hechos gloriosos de Cristo en esta ocasion, y aun para el de la letra del Evangelio, es muy justo y conveniente recordar lo que ya hemos dicho en otra ocasion, á saber, que no siendo iguales en un todo los calendarios de los judíos y de los galileos, empezaban estos sus fiestas un dia antes que aquellos; y como todas ellas tenian octava, á excepcion de la de Pentecostés, cuyo rito era diferente, duraban para ellos nueve dias enteros, porque no les era permitido salir de Jerusalem el último dia, que para ellos era el noveno; y no siendo sino el octavo para los judíos,

[1] Ven. Bed. in ep. 7 in Joann.

era día de fiesta en la ciudad. En este año pues, que era el treinta y dos de Jesucristo, empezó la fiesta de los tabernáculos para los galileos en la feria tercera, y no se acabó en Jerusalem hasta la feria cuarta de la semana siguiente; de manera que el sábado ó la feria sétima dividía la solemnidad para los galileos en dos partes perfectamente iguales, de la cual cuatro días le precedían y cuatro le seguían; lo que hizo llamar al sábado que dividía por medio la solemnidad de los tabernáculos de este año, la *Fiesta de en medio* ó sábado *intermedio*, que es lo que dice san Juan: *Die festo mediantate*. El primer día en que principiaba la fiesta, según el rito de los galileos, era el en que la parentela de Jesús quería hallarse en Jerusalem. Mas por lo que respecta al Salvador estaba resuelto á no dejarse ver en ella sino la segunda fiesta, esto es, durante el sábado ó la fiesta intermedia. Sobre esta distinción versa precisamente la conversacion que tuvo Cristo por sus hermanos sobre la subida á Jerusalem.

El Señor, que como antes decíamos, quería darles el grande é instructivo ejemplo de no buscar la gloria vana, sino el de huirla, viendo el empeño tan activo de los suyos en persuadirle lo que él condenaba públicamente, no solo con su doctrina y palabras, sino tambien con sus obras, les respondió resueltamente: Para vosotros siempre es tiempo de entrar en Jerusalem, pero mi tiempo no ha llegado aun. Lo que fué decirles: Ya os entiendo, y bien sé lo que sería menester hacer para daros gusto. Vosotros podéis dejaros ver en Jerusalem cuando quisieris; allí no correis riesgo alguno, pues los judíos no os aborrecen. ¿Y por qué os habian de querer mal á vosotros, en quienes no ven cosa alguna que dé temor á su envidia ni asuste á su conciencia? No sucede empero lo mismo conmigo, porque no puedo dejarme ver en medio del mundo corrompido de la Judea sin dar público testimonio de que las acciones que en ella se ejecutan son obras de iniquidad. Mi nombre causa celos á los principes del pueblo, y mis milagros asustan é inquietan á los sacerdotes. Así es que luego que me ven en Jerusalem, todo es rumor, todo se conmueve, todos se declaran y todos toman su partido. Yo tengo que tomar medidas y precauciones que vosotros podéis omitir sin correr por ello riesgo alguno. Yo bajé del cielo para hacer la

voluntad de mi Padre y no la mía; y así no rehusó hacerle el sacrificio de mi vida en el lugar que ha querido escoger para recibirlo. Cuando llegare el día me verán presentarme con aliento, pero no debo prevenirlo. Entre tanto á mí me toca evitar con mi sabiduría los lazos que me arman, y cuyo efecto no quiere mi Padre que suspenda con un milagro de mi poder. Por lo que mira á vosotros, no tenéis razon alguna para deteneros. El tiempo insta para llegar antes del principio de la eceremonia y hacer las prevençiones ordinarias de la fiesta. Yo no quiero ni ir allá ni partir en vuestra compañía, porque eso sería darme á conocer con demasiado ruido. Yo no os detengo, pero no me habéis mas de seguirlos. El día de la fiesta que os llama no me verá en la capital.

Si los parientes de Jesús hubiesen meditado bien y comprendido esta doctrina sublime del Salvador, no hubieran podido menos de descubrir en ella una reprension terrible que encierra, dirigida precisamente á ellos para corregir la ambicion desmedida de gloria vana que manifestaban. Mi tiempo, les dijo, no ha llegado aun; esto es, el tiempo de manifestar mi gloria, porque esta no se manifestará hasta después de mi resurreccion; pero sí llegó vuestro tiempo, esto es, el tiempo de desear las glorias y alabanzas del mundo; pero ¡ah! que con ellas seréis engañados, y los engaños os acarrearán graves perjuicios. Vosotros buscáis las glorias del mundo, y á él consagrais vuestros afectos; por consiguiente siempre tenéis preparado vuestro tiempo. Los mundanos siempre tienen en el mundo preparado su tiempo y sus glorias, porque aman lo mismo que el mundo y con él siempre convienen; por lo que siempre hallan preparado en el mundo lo que buscan. Los justos empero que solo buscan la gloria de Dios y su bien y dicha espiritual, nunca tienen preparado su tiempo en el mundo, porque le desprecian, y con él desprecian tambien todo lo que él ama. A vosotros empero el mundo no puede aborreceros, porque sois de los amadores del mundo, de los que siguen sus máximas y de los que están unidos con él con todos los lazos de la amistad y del amor.

De varias maneras entiendo san Crisóstomo [1] esta subida de
 III Div. Crisostom. Hom. 47 in Joann.

Jesús con sus parientes al templo de Jerusalem para la fiesta de los tabernáculos y el amor que les dijo les profesaba el mundo. A vosotros ama el mundo por la semejanza y simpatías que con él tenéis; pero á mí, y á los míos aborrece por la desemejanza y antipatías que con él tenemos; ni en voluntad, ni en deseos, ni en obras nos asemejamos. Sus obras son malas, y en vez de aprobarlas las acriminamos y condenamos. Las glorias y satisfacciones de los hombres son varias como sus fiestas. Los mundanos tienen sus fiestas temporales que consisten en disfrutar, gozar y comer, y los justos tienen las suyas espirituales, que solo consisten en los goces y deleites del espíritu; por lo que añade, les dijo Jesús muy bien: Vosotros que buscáis la gloria mundana y los deleites que el mundo da, subid á esta fiesta, en la que queréis ver y ser vistos para satisfacer la curiosa vanidad y concupiscencia de vuestros ojos, y la grosera alegría temporal de vuestro corazón: subid á ella, satisfaced todos vuestros apetitos carnales y la ansia de los deleites que os fatigan. Yo que nada de esto busco y que nada de todo ello me alegra, no subiré con vosotros á esta festividad, porque el tiempo de mi gloria, según mi humildad, no ha de llegar para mí hasta que haya corrido la carrera de la humildad; esto es, la carrera de mi pasión, después de la que vendrá precisamente la gloria de la inmortalidad.

O de otro modo. Subid vosotros á este día de fiesta ó al principio de esta solemnidad, porque entonces se entregaban mas los judíos á los convites y saraos que al fin: yo no subiré á esta fiesta, esto es, á su principio, porque no llegó todavía mi tiempo. El mas apto para enseñar la doctrina de la verdad, que era el objeto de la venida de Jesucristo al mundo, no era el principio de la solemnidad por los motivos que se han indicado, sino cerca del fin; porque menos glotonos ó mas templados, estaban mas dispuestos para oír. Diciendo pues el Señor, *subid vosotros*, ni lo aconsejó, ni lo mandó, ni les invitó para que subieran, sino que previno, predijo y manifestó lo que querían aquellos cuyo corazón estaba poseído de los deseos mundanales. Ellos querían asistir siempre á la fiesta y no á la vigilia; porque siempre querían lo que les halagaba, no lo que les mortificaba. De esta clase hay tambien muchos en el siglo presente que siempre quieren fiestas, pero nunca vigiliat; siempre quieren hallarse

entre la embriaguez y destemplanza, pero nunca entre la mortificación y penitencia; siempre entre la vanidad y las risas, nunca entre el hambre y la sed, la turbación y el llanto.

Por tres causas poderosísimas no deben las criaturas concurrir á estas fiestas diabólicas. La tina es por deber ser nuestra vida una vigilia continuada, por cuya razón debemos siempre ayunar y llorar nuestros pecados á fin de poder llegar á la fiesta de la patria celestial; en cuyo concepto escribió muy oportunamente san Mateo el célebre dicho del Salvador: *Bienaventurados los que lloran*, esta es la vigilia, *porque ellos serán consolados*, ésta es la fiesta. Pero los hombres vanos quieren celebrar aquí la fiesta y no hacer la vigilia; sin advertir que tendrán por fuerza que llegar á ella. San Lucas expresó muy oportunamente este pensamiento cuando dijo: *Ay de vosotros que estais hartos*, esta es la fiesta, *porque luego tendreis hambre*, esta es la vigilia. La segunda causa es porque la vida presente no es mas que un destierro, y sería muy necio el peregrino que quisiese celebrar fiestas desterrado en país extranjero, sino que para celebrarlas deba esperar el regreso á su patria. Nuestra patria, que es el cielo, y porque los pecadores hacen de este destierro su patria, por esta razón desterrados serán para siempre y expulsados de la celestial. Y la tercera porque esta vida es lugar de trabajo, por cuya razón los siervos de Dios deben trabajar sin descanso, porque del trabajo viene después á él. Los hombres malos y voluptuosos quieren vivir siempre en la ociosidad, y por su desgracia pasan de ella después á los trabajos eternos.

Con toda claridad nos manifiesta esto la diferencia que hay del modo de desear y de vivir entre los buenos y los malos. El tiempo de la gloria de los malos siempre es la vida presente; árboles de mala calidad plantados en terrenos malos, en él viven y en él florecen; pero el tiempo de la gloria de los buenos es el futuro; en él vivirán y reinarán con Cristo, y llegarán á la gloria por el camino de los padecimientos y tribulaciones que recorrieron en este destierro. Digan pues los devotos y timoratos, los penitentes y mortificados, y todos los que caminan por el camino de la perfección á aquellos que les convidan á los convites, embriagueces, destemplanzas y lascivias: *Subid vosotros á esta fiesta*, que nosotros que tales cosas no

apetecemos, de ninguna manera queremos subir. El verdadero siervo de Cristo no debe deleitarse en tales cosas: soldado muy delicado es y de ninguna manera apto para resistir las grandes luchas á que está continuamente expuesto el que quiere á un mismo tiempo alegrarse con el mundo y reinar con Cristo; porque escrito está: ¡Ay de aquellos que tocan el pandero y la vihuela y bailan al son de los instrumentos músicos! pasan entre delicias los dias de su vida y en un instante bajan á los infiernos. Estos son los que dijeron á Dios: Apártate de nosotros, que no queremos saber nada de tus mandamientos [1]. Recibieron estos en verdad los bienes en su vida. San Agustín sobre este mismo concepto dice [2]: Seamos rectos de corazon; no llegó todavía el tiempo de nuestra gloria. Dígase á los amadores del mundo cuales eran los hermanos del Señor; vuestro tiempo siempre está preparado y dispuesto, pero el nuestro no llegó aun. Si, tengamos valor para decirlo, porque somos el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, porque somos sus miembros, y digámoslo con firmeza, porque conocemos quién es la cabeza de este cuerpo místico que todos formamos; porque él mismo se dignó decirlo para enseñarnos: cuando pues nos insulten los amadores del siglo, esta debe precisamente ser nuestra única y verdadera respuesta: *Vuestro tiempo siempre está preparado; pero el nuestro todavía no llegó.*

No es fuera de propósito esta elocuente reflexion del grande Agustino: bien conocia el santo doctor que nunca era el mismo tiempo para los ricos y para los pobres, para los seguidores del mundo y los servidores de Dios; para aquellos, en fin, en cuyos corazones no habitan sino la ambicion y la avaricia, estando perpetuamente desterrada de ellos la caridad. En efecto, en tiempo de los ricos siempre está preparado, porque en cierto modo está en su bolsillo: si hace frio, visten bien y calientan sus habitaciones; y si el calor les aflige ó incomoda, las refrescan y se procuran toda especie de consuelos. De la misma manera tambien en todas las demás molestias, aficciones ó incomodidades del cuerpo, siempre tienen el remedio prevenido y pronto, y así es que tienen siempre su tiempo

[1] Job. cap. 21, vs. 12, 13 et 14.

[2] Div. August. Tract. 28 in Joann. *est ubi et scimus hinc et*

preparado; mas á los pobres sucede en este mundo todo lo contrario, de otra manera empero en el otro siglo.

Después de esto se quedó Jesús en Galilea; mas luego que partieron sus hermanos, fué tambien él á la fiesta, no manifestamente, sino en secreto. De la compañía de sus hermanos parece que huýó el Señor, porque era otro su espíritu; y el huir de aquella comitiva tan empeñada en honrarle, confunde la soberbia de los grandes y poderosos de la tierra, que en todo tiempo y ocasion, y hasta en los mismos templos del Señor y en las mayores solemnidades de la Iglesia, se presentan en ella con un lujoso acompañamiento para llamar sobre sí las miradas y atencion de todos con su faustosa ostentacion, olvidándose que las grandes festividades de la religion no han de manifestarse tanto con el lujo y adorno exterior de los cuerpos, cuanto con las galas interiores de la virtud, que son las que adornan el espíritu y hacen celebrar con aparato verdaderamente religioso los dias santos consagrados á Dios; porque escrito está: Terrible eres tú, oh Señor: ¿y quién podrá resistirte á tí desde el momento de tu ira? Desde el cielo hiciste oír tus juicios; la tierra tembló y se quedó suspensa al levantarse Dios á juicio para salvar á todos los mansos de la tierra. El hombre que esto medite te alabará, y en consecuencia de sus meditaciones celebrará fiestas en honor tuyo [1]. Así pues debes tú celebrar tus festividades si quieres que á ellas venga Jesús; porque los que las celebran con faustosas ostentaciones en público para ser vistos de los hombres, recibieron ya su paga.

El amantísimo Salvador, que queria cumplir exactamente la voluntad de su Padre, no podia dejar de concurrir á esta solemnidad, á la cual asistió en secreto y sin acompañamiento alguno; pero antes de manifestar lo que en ella pasó, es indispensable hacer una pequeña digresion.

Parece que esta fué la ocasion en que los escribas de Galilea dijeron á Jesús lo que hemos referido ya en el capítulo anterior, á saber: *que se marchase de allí porque Herodes queria matarle; y que en esta jornada ó tránsito fué en la que se detuvo Jesús en Be-*

[1] Ps. 75, vs. 8 et seqs.

thania, castillo fortificado y tan vecino á Jerusalem, que en un dia de sábado se podia andar el camino sin contravenir á la ley, llegando á él á la caída de la tarde de la feria sexta. Por mas reflexiones y vueltas que se den á los Evangelios santos, no aparece de ellos con la claridad que seria de desear, ni aun con alguna mayor y mas probable conjetura, el lugar donde pueda colocarse con mas verosimilitud que aqui lo que refiere uno de los historiadores sagrados de la visita que quiso hacer su Majestad á dos personas de Bethania, que le fueron siempre fielmente adictas. No era esta la vez primera que el Salvador las habia honrado con su presencia. Cuanto en los Evangelios se lee, todo nos indica con claridad las atenciones de Jesús para con la virtuosa familia que habitaba el castillo y los fervorosos resosetos de esta para agradecerse las. Mas adelante veremos en el gran milagro que el Señor obró en beneficio de la cabeza principal de aquella familia y en los ruegos ardientes de sus dos fervorosas hermanas, el ejemplo de la amistad mas santa y el modelo del reconocimiento mas vivo. Preseindiendo por tanto de las dudas é incertidumbres que no pueden aclararse, no hay inconveniente alguno en insertar en este lugar, como en el suyo propio, este bello pasaje del Evangelio que en el suyo san Lucas nos refiere.

Entró Jesús en este castillo donde habitaban las dos hermanas de Lázaro, Marta y María, y le halló lleno de extranjeros que sin duda serian varones religiosos de las diversas familias de Jacob, los que con motivo de la solemnidad habrian venido á visitar aquella familia virtuosa. El afecto que Jesús la profesaba y la franqueza con que en él se alojaba, nos obliga á que lo miremos como el asilo de la piedad, la morada de la inocencia y la escuela del fervor. Marta, la mayor de las dos hermanas, estaria excesivamente ocupada en el frecuente ministerio y asistencia de todos los huéspedes. El Salvador, que tenia motivos para no dejarse ver, se retiraria sin duda con el pequeño número de discípulos que le seguian siempre que iba como de secreto á alguna estancia separada, á la que parece muy verosimil fuese María á hacerle los honores debidos á su persona, y á oír con atencion y respeto las sublimes lecciones que siempre salian de la boca de su Majestad divina. No es difícil creer

que embelesada María con la suavidad de las palabras de Jesús, se olvidase de que su hermana estaba sola y ocupada con mucho trabajo. Marta, que no podia con tanto, se fué á hablar á Jesús con un poco de aceleracion y le dijo: Señor, ¿no haceis reflexion que mi hermana me deja sola en un tiempo en que necesito de su socorro? Yo os ruego que la deis orden de que venga á ayudarme para asistir á tanta gente como tengo en casa.

Varias son y muy grandes las reflexiones que hacen los padres y doctores de la Iglesia sobre la entrada de Jesús en el castillo de Bethania, sobre la fervorosa contemplacion de María sentada á los piés del amantísimo Maestro, y sobre las quejas de Marta, siempre ocupada en las atenciones de la casa, pues parece que entró en él el Salvador para recomendar el ejercicio de la vida contemplativa y santificar las obras de la vida activa.

Este castillo, santificado con la entrada de Jesús en él, es una viva imágen del vientre purísimo de María, santificado y consagrado con la encarnacion del Verbo. Este fué el primer hospedaje que tomó el Salvador entre los hombres, cuando con pasos de gigante vino presuroso del cielo á la tierra para quebrantar las cadenas del pecado. Habiale antes llenado de su gracia y héchola depositaria del amor con que la eligió para morar en ella; y en esto vemos con toda claridad indicados los vistosos adornos con que Dios quiere esté engalanado el corazon que le hospeda. No busca el Señor en él ninguna de aquellas cosas que regularmente se buscan para adorar los palacios donde han de hospedarse los principes de la tierra, sino que busca el ejercicio y práctica de las virtudes, como son la caridad, la humildad, la union con Dios, la modestia, la pureza y la union de su espíritu, porque las alhajas de la casa donde se hospeda Cristo no pertenecen al reino terreno, sino al reino celestial.

Otra consideracion no menos importante viene como á avivar la amortiguada fe del corazon de la criatura, cuando vemos á Cristo que entra como huésped en el castillo donde moran Marta y María. Vino Cristo por nosotros y para nosotros y para quedar hospedado en nosotros. Dióle el Eterno Padre á la Virgen como Hijo, cuando le concibió por el amor y gracia del Espíritu Santo. Dióle la Virgen á los hombres como Rey, Redentor y Salvador, cuando nos

le dió en su nacimiento. Dase él mismo á los hombres como verdadero Salvador cuando toma el nombre de Jesús, y dase tambien como victima por medio de la comunión, que es una extension de la encarnacion. Tan ingenioso hizo á Cristo el amor eterno con que nos amaba para hacerse de muchos modos el huésped amantísimo de nuestras almas. Tambien es muy digno de advertirse que aunque Jesús fué hospedado por Marta, alabó á María para demostrar las ventajas que hay de la una á la otra ocupacion de la vida. Marta, ocupada precisamente en los cuidados domésticos, parecia como mas extraña á los ejercicios de la vida contemplativa, á la que se manifiesta mas inclinada María; y aunque se dice que Marta hospedó al Señor en su casa, no significa esto que la vida contemplativa esté excluida de hospedar á Cristo. Marta le hospedó en su casa y María en su espíritu; Marta admitió la persona y María recibió la palabra; y así Cristo fué hospedado por la santa ocupacion y por la elevada contemplacion. A la una y á la otra es provechoso el hospedaje de Cristo; á la ocupacion da fortaleza, á la contemplacion da sabiduría, él que es la sabiduría y la fortaleza del Padre.

Si después de esta primera entrada ocupa nuestra consideracion el interior de la casa, y al reflejo de las diversas ocupaciones de Marta y María analizamos las quejas de Marta, al contemplar la santa ociosidad de María no podremos menos de admirar con san Bernardo [1] la dicha que cabe á toda casa donde se observan las santas quejas de una hermana tan laboriosa como Marta; pero no deberemos pasar por alto que una sola vez se quejó Marta de su hermana, y María nunca se quejó de Marta; el tenerse esta por sola sin la ayuda de María, denota el abandono y el riesgo en que está la vida activa cuando le falta el socorro de la oracion. Así es que nunca se le oyó á María el quejarse porque su hermana la hubiese dejado sola contemplando y escuchando la palabra del Señor. Nótese empero bien que Marta no se queja de la santa ociosidad de María, y sí pide la mande el Señor que la ayude. Bien ordenada está, no hay duda, la vida activa cuando conoce la necesidad que

[1] Div. Bernard. Serm. 3 in Assump. B. M. V.

tiene de la vida contemplativa; ¿pero estaba por ventura ociosa la que no trabajaba en las obras de María? ¿Por ventura en la casa donde se hospeda Cristo no hay que hacer otra cosa mas que dar de comer á Cristo? Carnal es y no se paladea en las cosas del espíritu, el que tiene por inútil y desaprovechada en la Iglesia aquella porcion nobilísima que se dedica á la oracion. Sea cada uno fiel en seguir el espíritu de su estado y de su vocacion, porque el Señor conduce por los caminos menos trillados, que mirados por la falsa perspectiva, de los necios se ofrecen torcidos á sus ojos, á las criaturas todas, á los respectivos cabales fines para que las crió. Así pues Jesucristo, que era el testigo y el juez de la respetiva fidelidad de entrambas hermanas, oyó la queja de Marta, observó el silencio de María y respondió fallando en la duda propuesta. La respuesta de Jesús dejó á Marta enseñada y á María aprovechada y alentada. No reprendió Cristo toda la solicitud de la vida activa, sino la que causa turbacion y estorba el cuidado de la propia salud.

Es muy conveniente oír en esta ocasion al máximo entre los doctores san Gerónimo, porque su doctrina, si no dirime, al menos esclarece una interesante cuestion [1]: introdúcese el santo doctor escribiendo á Paula y Eustaquio, reconvieniendo al parecer á Marta en su ocupacion, y le dice: ¿Cuándo tendrá fin esta servidumbre imperfecta? ¿Por ventura no tendrá el Señor de dónde alimentar sus pobres sino por tí? Refírate, Paula, al desierto, y procura mejor imitar la santa contemplacion de María, aunque seas como ella acusada. De tres maneras ó por tres causas es acusada María; la acusa el fariseo de *temeridad ó de presuncion*, porque siendo pecadora se atreve á tocar á Jesús estando sentado en la mesa; Júdas la acusa de *prodigalidad* porque derrama un bálsamo precioso y unge con él la cabeza y los pies de Jesús; y su hermana la acusa de *ociosidad* porque está á los pies del Maestro divino oyendo la doctrina santa y á ella no la ayuda; mas en todas tres acusaciones calla María paciente y sufrida, y nunca se defiende, porque el Salvador siempre la excusa. Al fariseo le hace ver que lo que él juzga presuncion, no es en María sino devocion; á Júdas y á los demás

[1] Div. Hieronim. Ep. ad Paulam et Eustachium.

discípulos que habían oído la acusacion, les demuestra que aquel derramar el unguento no era prodigalidad, sino piedad; y á Marta su hermana la enseña que el estar sentada María á sus piés no era ociosidad, sino una ocupacion mas santa que la que ella tenia. María, cuyo corazon y entendimiento estaban fijos en su Dios, y atraídos con una santa y admirable suavidad á los clamores de su hermana, despertó como de un sueño, se mostró tímido por su aparente descanso, é inclinada su cabeza en la tierra, cayó: y con su silencio remitió la causa al Juez que presente tenia para que la fallase segun su justicia, sin atreverse á responder una palabra por no interrumpir la santa contemplacion en que se hallaba.

El Señor disculpó, como era justo, á su querida y amante discipula, y volviéndose á su hermana la dijo: Marta, Marta, tú estás solfeita, inquieta y conturbada, y te distraes á muchas cosas cuando una sola es necesaria. María escogió la mejor parte, de la cual no se verá privada jamás. Esta duplicada repeticion del nombre de Marta es signo de amor é indica claramente la intencion que tenia el Salvador de avisarla de una cosa que le interesaba, y fué lo mismo que si le hubiera dicho: Las obras de la vida activa inducen solicitud en el corazon, distraccion en el entendimiento y turbacion en el ánimo. Si quieres pues vivir con alegría, no te ocupes en muchas cosas á la vez, porque estas complicadas ocupaciones te harán mucho menor de lo que eres. Lo que es necesario para vivir bien es unirse estrechamente con Dios por medio de la contemplacion. Dios no es mas que uno, y sobre todas las cosas debe ser buscado. Esta unidad de Dios reclama la union del entendimiento de la criatura con Dios, y esta union no se consigue sino por medio de la contemplacion; así como por el contrario, atendiendo esta á los cuidados de la vida activa que son muchos, parece que se divide el alma y como que se distrae por medio de muchas operaciones. María escogió la mejor parte, la mas segura y la mas digna. No quiso decir el Salvador que la eleccion de Marta fuese mala, sino que la de María es la mejor; significándole con esto que no debia producir quejas de ninguna clase por la santa ocupacion de María. Llamóla el Señor muy buena, ó mejor que la de Marta, para indicarle que aquí en la tierra empezaba ya á gustar las bondades,

las alegrías y las dulzuras que después habia de gozar en la vida futura en la patria celestial.

Nótese tambien que el dicho de Jesús á Marta no es una reprehension, porque su ocupacion era buena, sino que se alaba la de María como mejor; y al añadir que de ella no se veria privada jamás, fué como si le dijera: La ocupacion de María empezó en esta vida; en ella se aumentó y en la otra vida se perfeccionará completamente; ahora no ve María el objeto de su amor, sino como por entre figuras y enigmas; lo ve como el que mira su imagen dentro un espejo; entonces lo verá cara á cara, y este fuego amoroso que aquí empezó á arder en su corazon, cuando viere el objeto de su amor entre los resplandores de su gloria, entonces crecerá con tanta extension como un volcán. La caridad, que es verdadero amor, nunca disminuye, y el amor que en la tierra se tiene sube como llama á la patria, y allí crece y se explaya. El fuego está en Sion, pero el camino en Jerusalem: así María excusada por el Salvador permaneció sentada á sus piés con mas seguridad y descansó con mayor alegría. Sobre lo que dice san Agustin: El la respondió á Marta por María, y se hizo su abogado, el que con respetuoso silencio fué por ella interpelado como juez. Como tal dió su sentencia y defendió á la que á él se habia acogido. Ocupada esta Marta pensando cómo habia de alimentar al Señor, y ocupada estaba María alimentando su espíritu con las doctrinas del Maestro divino. Marta preparaba el convite y Marta se alegraba con él. Mas grande era la suavidad del entendimiento y del corazon de María, porque en la perfeccion espiritual es siempre mucho mayor el gozo y la satisfaccion del ánimo, que en la corporal lo es la del vientre.

Notarse debe tambien que en esta accion distinguen los padres y doctores dos actos realmente distintos: uno que consiste en el ejercicio de las virtudes morales y dispone para la contemplacion; por lo que dice san Gregorio [1]: Los que desean atrincherarse en el fuerte de la contemplacion, deben antes prepararse y probarse en el campo de la accion. Calmados los tumultos de las pasiones por el ejercicio de las virtudes morales, dispónese el alma para elevarse libre-

[1] Div. Gregor. in cap. 14. lib. 1 Reg.

mente en la contemplacion; de lo que se infiere que la tal accion de la virtud se ordena á la contemplacion que es su fin; el fin es siempre mucho mejor que aquellas cosas que á él conducen. La otra accion es la que se sigue de la contemplacion; procediendo inmediatamente de su plenitud, como el enseñar, el trabajar en la direccion de las almas y en hacer otras obras semejantes; de cuya accion dicen algunos que es mejor que la misma contemplacion; y de esta es claro que no habló Jesucristo.

Estas dos hermanas amadas de Jesús parece que indican dos vidas espirituales con la que se ejercitan y viven los hijos de la Iglesia. Marta la vida activa, por la que nos asociamos y unimos á nuestro prójimo con el vínculo de la caridad. María la contemplativa, por la que suspiramos por la union con Dios, y así dice que Marta recibió á Cristo en su casa y no María. Esta al parecer no la tenia; porque la vida contemplativa desprecia por Dios todas las riquezas y posesiones en la tierra. A la alma que se entrega á la vida contemplativa, bástale estar siempre á los piés de Dios, y oír su palabra, fortalecerse y alimentarse con ella, antes que dar pábulo á su vientre. Bástale entregarse á la leccion y á la oracion espiritual con la mayor asiduidad, y estando ocupada siempre en la contemplacion de las bondades de Dios, derramar lágrimas abundantes de compuncion para obtener el perdon de sus pecados, suspirando dulcemente por la eterna vida.

Digimos antes que san Gerónimo en su epístola á Paula y á Eustaquio, diviniza al parecer una cuestion oscurísima y enmarañada en la Historia Evangélica, pues que á una sola María atribuye tres cosas que parece dieron lugar á que algunos pensasen haber sido, no una, sino tres Marías; la una que entró á buscar su médico en casa de Simon el fariseo, y recibió la salud espiritual y el perdon de sus pecados; la otra María, hermana de Marta y de Lázaro, y la otra María Magdalena, una de las piadosas mujeres que acompañaron constantemente á Jesús desde Galilea en todos sus viajes, sin haberlo jamás abandonado ni aun en su último suplicio ni después de su muerte.

Desde los primeros siglos de la Iglesia se afanaron sin descanso los primeros sabios en la investigacion y aclaracion de esta parte de

la historia; y después de lo mucho que han trabajado, escrito y disputado los antiguos y modernos intérpretes para aclararlo y resolverlo, nos han dejado todavía en tinieblas, sin esperanzas de poder saber la verdad, fluctuando en el caos de mil varios y encontrados discursos, y aun el día tiene á los sabios divididos. Algunos siguen con tenacidad la opinion de que fueron tres; otros creen que solamente fueron dos, y los mas siguen con san Gerónimo la opinion de que no fué mas que una; esta es la mas comun y la mas generalmente recibida. Dejando aparte pues la opinion de los que dicen que fueron tres, como mas improbable é inverosímil, y resueltos á seguir la mas comun y general de que no fué sino una, preciso es presentar el apoyo y autorizacion que creen tener en su favor aquellos que dicen que fueron dos, para que destruido aquel, aparezca mas cierta, clara y fundada la que con san Gerónimo seguimos.

Está fuera de duda entre los Evangelistas mismos por sus sencillas relaciones, que la mujer pecadora es idéntica, y sin duda alguna la misma que María Magdalena, sin que pueda por su relacion inferirse que esta sea realmente distinta de María, hermana de Marta y Lázaro. Para establecer esta virtud es preciso seguir fielmente los hechos del Evangelio. La mujer pecadora es la primera que empieza á sonar en el Evangelio, y san Lucas es el único de los cuatro Evangelistas que nos habla expresamente de ella, refiriéndonos circunstanciada y detalladamente su conversion en el capítulo sétimo de su Evangelio. Este notable suceso, segun las mas probables conjeturas y las narraciones del mismo san Lucas, parece se verificó no mucho tiempo después del público y portentoso milagro de la resurreccion del hijo de la viuda de Naim. Parece tambien estar fuera de duda que se verificó en la misma ciudad donde tenia su residencia Simon el fariseo, de lo que quieren inferir los que dicen que fueron dos las Marías, que esta mujer pecadora era de Galilea. Nada de esto dice san Lucas; calla la provincia y el pueblo del nacimiento, y aun el nombre, el oficio, profesion ó estado de aquella mujer, reduciendo toda su narracion á estas muy singulares palabras: *Habia en la ciudad una mujer pecadora.* Y esta al parecer no suena otra vez en la Historia sagrada, ni la nombra con semejantes estados ningun otro de los Evangelistas. El mismo san

Lúcas en su capítulo octavo nos habla de una mujer llamada María Magdalena, pero sin declararnos tampoco su patria ni su genealogía; y para darnosla á conocer mas bien añade dos circunstancias mas notables: Primera, que esta es aquella de quien habian sido arrojados siete demonios, de la que tambien habla san Márcos en su capítulo decimosexto tratando de la resurreccion de Jesucristo y diciendo expresamente que Jesús apareció á María Magdalena, de la cual habia antes lanzado siete demonios. Y segunda, que María Magdalena fué una de aquellas religiosas mujeres que habiendo recibido de Jesús extraordinarios beneficios, como la libertad de los espíritus malignos y la curacion de otras varias enfermedades, fueron siempre adictas á su persona, lo siguieron en todos sus viajes y le suministraron en muchas ocasiones lo necesario para su subsistencia y la de sus discípulos.

Los mas antiguos doctores de la Iglesia, así griegos como latinos, infieren de las notas y advertencias de san Lúcas, que esta María Magdalena es idéntica, y sin duda alguna la misma mujer pecadora que antes habia referido, añadiendo algunos que es la misma sin duda por ser oriunda de la ciudad de *Magdala*, ó tal vez el mismo Nain, no muy distante de aquella. Y siendo los espíritus malignos la representacion de todos los vicios, pecados y enfermedades, concluyen, que no hay la menor duda en afirmar que estas no fueron dos, sino una sola; pero realmente distintas de María, hermana de Marta y de Lázaro. ¿Y qué motivo tienen para asegurar que esta pecadora ó María Magdalena no es esta hermana de Lázaro? ¿Por ventura el verla afanada cuando así la nombran en los fervores de la contemplacion altísima á que estaba entregada? ¿O acaso tal vez el no darla á conocer con estas señales cuando era precisamente pecadora? Hermana de santos, pudo muy bien ser el escándalo de Jerusalem, y á esta ciudad indican todos los Evangelistas cuando con este nombre comun la apellidan y significan; lo que no sucede cuando nombran á Tiro, Sidonia, Samaria, Jericó, Nain, Cafarnaum y otras que hay necesidad de nombrar. Diciendo pues san Lúcas que habia en la ciudad una mujer pecadora, se entiende sin repugnancia alguna Jerusalem. El castillo de Bethania, donde tenían su ordinaria morada y residencia estos tres hermanos, dista

ba muy poco trecho de la ciudad y se reputaba como un suburbano de la misma, y no obsta tampoco que Marta y Lázaro fuesen virtuosos para decir que su hermana fuese pecadora. Como á tal pudo salir de su castillo afrontada tal vez y corrida, porque la modestia de su vida no correspondiese ni á la nobleza de su cuna ni á la santidad de sus hermanos, para ir en busca de aquel que es el origen y la fuente inagotable de la santidad. Acababa el Señor de obrar en Nain el portentoso milagro de la resurreccion del hijo de la viuda, y la que estaba muerta por la culpa no debia tener reparo en ir á buscar en su verdadera fuente la salud y la vida. Parece que viene á confirmar esta misma opinion su propia entrada y presentacion en casa del fariseo. Las personas vulgares y de poca representacion ó mérito en la sociedad, no tienen fácil entrada en la casa de los grandes. Grandes y poderosos eran entre los judios los escribas y fariseos, y á no haber sido conocida por su grandeza ó nobleza la mujer pecadora, es indudable que el fariseo la hubiera mandado lanzar de la sala del festín. Por último, nada prueba contra esta opinion el que san Lúcas no la nombre como pecadora por su propio nombre, aqtes al contrario confirma tambien hasta cierto punto las anteriores reflexiones; pues por el honor de la familia callaria seguramente esta circunstancia tan notable, así como calló el nombre propio de san Mateo en obsequio á su dignidad de apóstol y Evangelista cuando refiere su llamamiento y conversion; y para saberlo fué preciso que el mismo san Mateo nos lo revelase. Sigue-se pues de todo lo dicho, que las Marías no fueron tres, ni dos, sino una sola, y que fué precisamente esta hermana de Marta y de Lázaro.

Por último, la susceptibilidad de los autores que dicen que esta María no pudo ser la pecadora, se atrinchera entre dos reflexiones que creen como incontestables, y la presenta como el mas sólido argumento de su opinion, y son, el haber hecho Jesucristo el encomio de la hermana de Marta, diciendo que habia elegido lo mejor y que jamás le faltaria el objeto de su eleccion. La mujer pecadora fué alabada por el Salvador, no por uno, sino por muchos conceptos, y en su conversion eligió seguramente lo mejor. Eligió á Jesús y se unió intensísimamente con él por medio del amor, amor sólido,